

La mélica del tañedor

ALFREDO E. QUINTERO

Si bien es cierto que gran parte de la poesía actual se resume en una estridencia apocalíptica —respecto al estilo— como consecuencia del reajuste en las necesidades comunicativas, del derrumbe de los cánones en una sociedad multifacética de constantes e insospechados cambios y de la obligada resignación a la soledad mecánico-tecnológica, no es menos patente que en dicha revuelta se establezcan posibles rutas creativas, sujetas a la espera —para su total establecimiento— de la comunión de todas las voces poéticas que exigen una actualización expresiva.

Al parecer, la liberación del metro ya no es una construcción del todo satisfactoria para los nuevos requerimientos estéticos. Se ha hecho indispensable una mayor exigencia en las formas, sean libres o reguladas por la métrica.

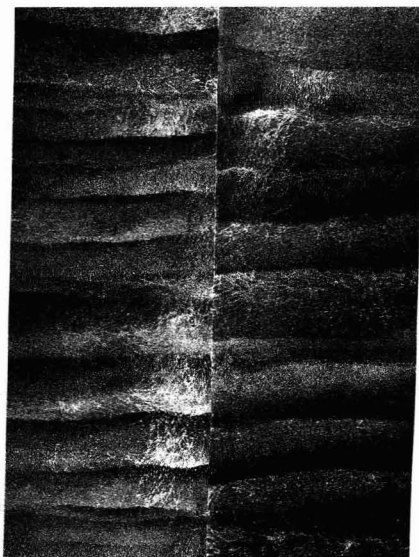
De esta manera, muchas de las características poéticas de los manifiestos vanguardistas las encontramos conciliadas con la isometría, aspectos del *modernismo* compaginados con una sintaxis barroca y el verso libre conquistado por la rima, así como la reactivación de estructuras, la inquisición de temas y la actualización, en fin, de la norma formal. La magia radica en el acoplo que esto logre con el lenguaje, con la "identidad" colectiva del lector, la personalidad "común" y, sobre todo, las urgencias emotivas del tiempo en boga.

La otra mano del tañedor, libro de poemas de Adolfo Castañón, es, de acuerdo con lo anterior, un testimonio de la rehabilitación de las construcciones formales, en pro del equilibrio entre los requerimientos del lenguaje poético actual y su expresión.

La propuesta estética que nos presenta Adolfo Castañón en este poemario consiste principalmente en: primero, la reintegración del tema a la composición de la forma; segundo, el retorno a los orígenes del género en nuestra lengua.

Desde luego no se trata exclusivamente de retomar íntegros los recursos poéticos tradicionales, sino de amoldarlos a nuestros requerimientos. De este modo, los temas con los que se inicia la poética castellana y sus formas —transcritas de la tradición oral a la

lengua escrita, octosilábicas por naturaleza y asonantadas o consonantadas para facilitar su transmisión— adquieren en el libro de Castañón un nuevo giro en los asuntos y motivos: la épica no será sólo un *rescate de sucesos* sino parte en sí misma del pensar y sentir del autor, que asume su contemporaneidad y despliega su inventiva; el *amor*, el *destino*, la *muerte* y el *desprecio del mundo*, se adaptarán a las demandas cognoscitivas y estéticas posmoder-



nas. Por esto, la circunstancia amorosa, desarrollada en la cuarteta de una copla, podrá ser ahora para nuestro poeta la culminación del encuentro erótico:

Sopla el viento también
peina la carne encrespada
Ensarta tan bien el viento
nuestra carne desmayada.

Asimismo, el motivo de la siguiente redondilla será la discrepancia entre los límites de la creación (canto) y lo ilimitado del tiempo (vuelo):

—Cárcel ésta del cielo
que volar no puede ya.
—Cautiva mi voz en celo
cantarte no puede más.

De donde, concluye el autor, canto y vuelo: creación y tiempo, convergen finalmente en un solo espacio.

En cuanto al tema del *destino*, éste ya no será concebido como un diseño divino para un individuo en particular, sino para una colectividad; en el fragmento que transcribiremos a continuación se trata el conjunto —sin elección— que habita en el limbo:

Tú, la fulgurante,
Tú, la Majestad Solar,
para decir el nombre de este pueblo sin
[nombre:

No me cuentes en su número,
Señora de las Aguas: que no nazcan más
[hijos,
que de la luz fría no se engendre más,
dales el agua y el conocimiento del agua,
el fuego y el nombre del fuego...

Paradójicamente, en este canto, el comportamiento del destino impuesto no sólo actúa en la trayectoria de la vida humana, sino que condena la trascendencia del alma.

Con este tema, nuestro escritor abandona las formas cuya tradición se inicia en la *oralidad* (romance, copla, redondilla) y libera el verso, para darle mayor extensión y apertura de posibilidades al contenido.

El retorno a los orígenes del género poético en nuestra lengua, que plantea Adolfo Castañón, en tanto ensamble de forma con nuevos matices del contenido, es —podemos aventurarnos— parte de una concepción histórico-creativa en apariencia cíclica, pero espiral. Efectivamente, las múltiples vertientes del verso actual no sólo muestran el rompimiento con las tradiciones poéticas, sino que, sobre todo, anuncian un nuevo principio, un nuevo cortejo de la *oralidad* hacia la escritura; hecho que quizá nos explicaría la aceptación de la poesía coloquial (en tanto manejo de vocablos de uso cotidiano-conversacional), asumida como poesía de tradición escrita en la lectura generalizada durante los últimos cincuenta años, pues parece obedecer a las más recientes necesidades expresivas y comunicativas, quizá relacionada con los fenómenos de masificación. Aunque, cabe recordar, el retorno que vislumbramos en *La otra mano del tañedor* no insinúa el establecimiento de la palabra coloquial en el manejo del lenguaje, sino que apela al acervo de la tradición oral española ya como parte de una tradición escrita culta o institucionalizada en el campo de la literatura. De lo que se trata, insistimos, es de que al recuperar las primeras fuentes de la poesía castellana el autor integra las formas de tradición popular a la culta, a través de referencias



propia mente literarias ya no propiamente populares.

Hemos mencionado, al señalar la propuesta estética de *La otra mano del tañedor*, los temas frecuentados por Adolfo Castañón: amor, destino, tiempo, religión y creación. No obstante, en sus poemas coexisten, con estos grandes temas, otros asuntos que van matizando la atmósfera del poemario, como la siguiente epopeya de desamparo y sobrevivencia:

Cuando cruzo la puerta en la mañana,
no sé si volveré
si caeré durante el asedio de la ciudad
bajo la sombra de las espadas sedientas

.....

Todos los días salgo hacia el mundo
templado por la fuerza de ese sueño
y todos los días, milagro, vuelvo a ti.

Desde luego, en los citados fragmentos se escucha también un temor (espadas) contenido y presentido (bajo la sombra) a consecuencia del incremento de la inseguridad social (sedientas). Lo que obliga al *yo* poético a buscar y construir realidades distintas de la peligrosa y rutinaria vivencia:

Entre todos los medios de transporte,
prefiero la cama,
con las sábanas hinchándose al viento del
[sueño.

En esta elección, entre vida (medios de transporte) y fantasía (cama), la soledad se evidencia, no sólo en su connotación acostumbrada de desamor y destiempo, sino de desarraigo total del mundo, que se aprecia más claramente cuando la voz poética lamenta el retorno del sueño a la realidad:

¿Cuántas ciudades habré perdido por
[levantarme,
por no ganar la cama en el momento oportuno?

Este intencionado desarraigo es el resultado de la muerte de las situaciones y los seres que le dan sentido a una vida, seres y situaciones que, no obstante su aparente pequeñez (grillo), diluían la conciencia solitaria (las azoteas nocturnas):

Es de noche
Hoy murió el grillo que alegraba las azoteas
Me asomo por la ventana
y veo edificios

Así pues, tal vez obviemos al resumir que es justamente esta atmósfera de nostalgia y soledad la que unifica la variedad temática del poemario, latente ésta hasta en el regocijo rítmico de los versos pares (medida mayoritaria en el libro).

La otra mano del tañedor, de Adolfo Castañón, es un volumen que además de ser el producto de un sólido oficio, de la inteligencia y la sensibilidad, posee una propuesta estética. ♦

Adolfo Castañón: *La otra mano del tañedor*, Ediciones El Tucán de Virginia (Colección Vita Nuova), México, 1996. 101 pp.

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA NÚMERO 309 SEPTIEMBRE DE 1996

Naturalezas

HENRY DAVID THOREAU: Líneas de un diario ♦ SIMON SCHAMA: Primitivos y pastorales
ANDREA ZANZOTTO: Égloga I ♦ JOSEPH BRODSKY: Del pesar y de la razón

GEORGES DUMÉZIL ♦ JOSÉ RODRÍGUEZ FEO ♦ LEN HOWARD ♦ GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO
CONRADO TOSTADO ♦ PAUL VEYNE ♦ MICHEL TOURNIER

CARLOS OLIVAREZ: Teillier ♦ HÉCTOR PÉREZ RINCÓN: Mondor

Poesía de:

ROBERT DUNCAN, ROBERT FROST, H.D., ANTONIO JOSÉ PONTE,
HERNÁN LAVÍN CERDA y ROBERT LOWELL

